

Arthur Conan Doyle

El misterio de
Copper Beeches



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL MISTERIO DE COPPER BEECHES

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

EL MISTERIO DE COPPER BEECHES

"Para el hombre que ama el arte por sí mismo -comentó Sherlock Holmes, tirando a un lado la hoja de publicidad del Daily Telegraph-, es a menudo en sus manifestaciones menos importantes y más bajas donde se encuentra el mayor placer. Me complace observar, Watson, que ha comprendido usted tan bien esta verdad que en estos pequeños informes de nuestros casos, que ha tenido usted la bondad de redactar y, debo decir, de adornar ocasionalmente, ha dado usted importancia no tanto a las numerosas causas célebres y a los juicios sensacionales en los que he figurado, sino más bien a aquellos incidentes que pueden haber sido triviales en sí mismos, pero que han dado cabida a esas facultades de deducción y de síntesis lógica que he convertido en mi especialidad."

"Y, sin embargo", dije, sonriendo, "no puedo considerarme absuelto de la acusación de sensacionalismo que se ha hecho contra mis registros".

"Tal vez se haya equivocado -observó, cogiendo con las pinzas una ceniza incandescente y encendiendo con ella la larga pipa de madera de cerezo que solía sustituir a la de arcilla cuando estaba más bien de humor contencioso que meditativo-, tal vez se haya equivocado al intentar dar color y vida a cada una de sus declaraciones en lugar de limitarse a la tarea de dejar constancia de ese severo razonamiento de causa a efecto que es realmente la única característica notable del asunto."

"Me parece que le he hecho plena justicia en el asunto", comenté con cierta frialdad, pues me repugnaba el egoísmo que más de una vez había observado como un fuerte factor en el singular carácter de mi amigo.

"No, no es egoísmo ni presunción", dijo él, respondiendo, como era su costumbre, a mis pensamientos más que a mis palabras. "Si reclamo plena justicia para mi arte, es porque es una cosa impersonal, una cosa más allá de mí. El crimen es común. La lógica es rara. Por lo tanto, es en la lógica y no en el crimen en lo que debes detenerte. Has degradado lo que debería haber sido un curso de conferencias en una serie de cuentos".

Era una fría mañana de principios de primavera, y nos sentamos después del desayuno a ambos lados de un alegre fuego en la vieja habitación de Baker Street. Una espesa niebla descendía entre las líneas de casas de color pardo, y las ventanas opuestas asomaban como borrones oscuros e informes a través de las pesadas coronas amarillas. El gas estaba encendido y brillaba sobre el paño blanco y el brillo de la vajilla y el metal, pues la mesa aún no se había recogido. Sherlock Holmes había permanecido en silencio durante toda la mañana, sumergiéndose continuamente en las columnas de anuncios de una sucesión de periódicos, hasta que por fin, habiendo aparentemente renunciado a su búsqueda, salió con un humor no muy dulce para sermonearme sobre mis deficiencias literarias.

"Al mismo tiempo", comentó después de una pausa, durante la cual se sentó a dar una calada a su larga pipa y a mirar hacia el fuego, "es difícil que se le pueda acusar de sensacionalismo, ya que de estos casos en los que ha tenido la amabilidad de interesarse, una buena proporción no tratan del crimen, en su sentido legal, en absoluto. El pequeño asunto en el que me esforcé por ayudar al rey de Bohemia, la singular experiencia de la señorita Mary Sutherland, el problema relacionado con el hombre del labio torcido y el incidente del noble soltero, fueron todos asuntos que están fuera del ámbito de la ley. Pero al evitar lo sensacional, me temo que puede haber rozado lo trivial".

"El fin puede haber sido así", respondí, "pero los métodos los considero novedosos y de interés".

"¡Pshaw, mi querido amigo, qué le importa al público, al gran público inobservador, que apenas podría distinguir a un tejedor por su diente o a un compositor por su pulgar izquierdo, los matices más finos del análisis y la deducción! Pero, en verdad, si son triviales, no puedo culparlos, pues los días de los grandes casos han pasado. El hombre, o al menos el hombre criminal, ha perdido toda empresa y originalidad. En cuanto a mi pequeña

práctica, parece estar degenerando en una agencia para recuperar lápices de plomo perdidos y dar consejos a las jóvenes de los internados. Sin embargo, creo que por fin he tocado fondo. Esta nota que recibí esta mañana marca mi punto cero, me parece. Léala". Me lanzó una carta arrugada.

Estaba fechada en Montague Place la noche anterior, y decía así:

"Querido señor Holmes: Estoy muy interesada en consultar con usted si debo o no aceptar un puesto que se me ha ofrecido como institutriz. Vendré mañana a las diez y media, si no le causo molestias. Atentamente,

"Violet Hunter".

"¿Conoces a la joven?" Pregunté.

"Yo no".

"Ya son las diez y media".

"Sí, y no tengo ninguna duda de que ese es su anillo".

"Puede resultar más interesante de lo que cree. Recuerda que el asunto del carbunco azul, que al principio parecía un mero capricho, se convirtió en una investigación seria. Puede que en este caso también sea así".

"Bueno, esperemos que así sea. Pero nuestras dudas se resolverán muy pronto, porque aquí, a menos que me equivoque mucho, está la persona en cuestión."

Mientras hablaba, la puerta se abrió y una joven entró en la habitación. Iba vestida de forma sencilla pero pulcra, con una cara brillante y rápida, pecosa como un huevo de chorlito, y con los modales enérgicos de una mujer que se ha abierto camino en el mundo.

"Disculpe que la moleste, estoy segura", dijo, cuando mi acompañante se levantó para saludarla, "pero he tenido una experiencia muy extraña, y como no tengo padres ni parientes de ningún tipo a los que pueda pedir consejo, pensé que tal vez usted tendría la amabilidad de decirme qué debo hacer".

"Por favor, tome asiento, señorita Hunter. Estaré encantado de hacer todo lo que pueda para servirle".

Pude ver que Holmes estaba favorablemente impresionado por las maneras y el discurso de su nueva cliente. La miró a su manera escrutadora y luego se recompuso, con los párpados caídos y las puntas de los dedos juntas, para escuchar su historia.

"He sido institutriz durante cinco años -dijo ella- en la familia del coronel Spence Munro, pero hace dos meses el coronel recibió un nombramiento en Halifax, en Nueva Escocia, y se llevó a sus hijos a América con él, de modo que me encontré sin trabajo. Me anuncié y respondí a los anuncios, pero sin éxito. Por fin, el poco dinero que había ahorrado empezó a escasear y no sabía qué hacer.

"Hay una conocida agencia de institutrices en el West End, llamada Westaway's, y allí solía llamar una vez a la semana para ver si había algo que pudiera convenirme. Westaway era el nombre del fundador del negocio, pero en realidad lo dirige la señorita Stoper. Ella se sienta en su pequeña oficina, y las señoras que buscan empleo esperan en una antesala, y luego se les hace pasar una por una, cuando ella consulta sus libros de contabilidad y ve si tiene algo que les convenga.

"Cuando llamé la semana pasada, me hicieron pasar a la pequeña oficina como de costumbre, pero descubrí que la señorita Stoper no estaba sola. Un hombre prodigiosamente corpulento, con una cara muy sonriente y una gran barbilla pesada que se enrollaba en pliegues sobre su garganta, estaba sentado a su lado con un par de gafas en la nariz, mirando muy seriamente a las damas que entraban. Cuando entré, dio un salto en su silla y se volvió rápidamente hacia la señorita Stoper.

" 'Esto es suficiente', dijo; 'no podría pedir nada mejor. Es una maravilla, es una maravilla'. Parecía muy entusiasmado y se frotaba las manos de la manera más genial. Era un hombre de aspecto tan agradable que era un placer mirarlo.

"¿Busca usted un puesto, señorita?", preguntó.

"Sí, señor.

"¿Como institutriz?"

"Sí, señor'.

"¿Y qué salario pide?"

" Me pagaban 4 libras al mes en mi último puesto con el Coronel Spence Munro.

" '¡Oh, tut, tut! ¡Sudando, sudando!' gritó, lanzando sus gordas manos al aire como un hombre que está en una pasión hirviente. ¿Cómo puede alguien ofrecer una suma tan lamentable a una dama con tales atractivos y logros?

" 'Mis logros, señor, pueden ser menores de lo que usted imagina', dije. 'Un poco de francés, un poco de alemán, música y dibujo...'

" '¡Tut, tut!' gritó. Todo esto no viene al caso. La cuestión es: ¿tiene usted o no tiene el porte y la conducta de una dama? Ahí está en una cáscara de nuez. Si no los tiene, no está preparada para criar a un niño que algún día puede desempeñar un papel importante en la historia del país. Pero si lo tiene, ¿por qué, entonces, cómo podría cualquier caballero pedirle que se digne a aceptar algo por debajo de las tres cifras? Su salario conmigo, señora, comenzaría con 100 libras al año".

"Puede usted imaginar, señor Holmes, que a mí, indigente como era, semejante oferta me pareció casi demasiado buena para ser cierta. El caballero, sin embargo, viendo tal vez la expresión de incredulidad en mi rostro, abrió una cartera y sacó un billete.

"También es mi costumbre -dijo, sonriendo de la manera más agradable hasta que sus ojos eran sólo dos pequeñas rendijas brillantes en medio de las blancas arrugas de su rostro- adelantar a mis jóvenes la mitad de su salario por adelantado, para que puedan hacer frente a los pequeños gastos de su viaje y su vestuario.

"Me pareció que nunca había conocido a un hombre tan fascinante y tan atento. Como ya estaba endeudado con mis comerciantes, el anticipo era una gran conveniencia, y sin embargo había algo poco natural en toda la transacción que me hacía desear saber un poco más antes de comprometerme del todo.

" '¿Puedo preguntar dónde vive, señor?', dije.

" 'Hampshire. Un lugar rural encantador. En Copper Beeches, a cinco millas de Winchester. Es el país más encantador, mi querida joven, y la casa de campo más querida.'

"¿Y mis deberes, señor? Me gustaría saber cuáles serían.

" 'Un niño, un pequeño y querido niño de apenas seis años. ¡Oh, si pudieras verlo matando cucarachas con una zapatilla! ¡Golpe! ¡Golpe! ¡Golpe! Tres se fueron antes de que pudieras guiñar el ojo'. Se recostó en su silla y volvió a reír con los ojos en la cabeza.

"Me sorprendió un poco la naturaleza de la diversión del niño, pero la risa del padre me hizo pensar que tal vez estaba bromeando.

" 'Mis únicas obligaciones, entonces', pregunté, '¿son hacerse cargo de un solo niño?

" 'No, no, no es la única, no es la única, mi querida joven', gritó. Tu deber sería, como estoy seguro de que tu sentido común te sugeriría, obedecer cualquier pequeña orden que mi esposa pudiera dar, siempre y cuando fueran órdenes que una dama pudiera obedecer con propiedad. No ve ninguna dificultad, ¿eh?

" 'Estaría feliz de ser útil'.

" 'Así es. En la vestimenta, por ejemplo. Somos gente elegante, ya sabes, elegante pero de buen corazón. Si te pidieran que te pusieras cualquier vestido que te diéramos, no te opondrías a nuestro pequeño capricho. ¿Eh?

" 'No', dije, considerablemente asombrada por sus palabras.

" 'O que se sentara aquí, o allí, ¿no le resultaría ofensivo?'

" 'Oh, no'.

" '¿O cortarte el pelo bien corto antes de venir a vernos?'

"Apenas podía creer lo que oía. Como puede observar, Sr. Holmes, mi pelo es algo frondoso, y de un tinte castaño bastante peculiar. Se ha considerado artístico. No podría soñar con sacrificarlo de esta manera tan poco elegante.

"Me temo que eso es imposible -dije-. Él me había observado atentamente con sus pequeños ojos, y pude ver que una sombra pasaba por su rostro mientras yo hablaba.

"Me temo que es esencial -dijo-. Es un pequeño capricho de mi esposa, y los caprichos de las damas, ya sabe, señora, los caprichos de las damas de-

ben ser consultados. Entonces, ¿no se cortará el pelo?

" 'No, señor, realmente no podría', respondí con firmeza.

" 'Ah, muy bien; entonces eso resuelve el asunto. Es una pena, porque en otros aspectos lo habrías hecho muy bien. En ese caso, señorita Stoper, será mejor que inspeccione a algunas más de sus jóvenes".

"La directora había estado todo este tiempo ocupada con sus papeles sin decirnos una palabra a ninguno de los dos, pero ahora me miró con tanta molestia en su rostro que no pude evitar sospechar que había perdido una bonita comisión por mi negativa.

" '¿Desea usted que su nombre se mantenga en los libros?', preguntó.

" 'Si es tan amable, señorita Stoper'.

" 'Bueno, realmente, parece bastante inútil, ya que usted rechaza las ofertas más excelentes de esta manera', dijo ella bruscamente. No puede esperar que nos esforcemos en encontrar otra oportunidad como ésta para usted. Que tenga un buen día, señorita Hunter". Hizo sonar un gong sobre la mesa y el paje me hizo salir.

"Bien, señor Holmes, cuando volví a mi alojamiento y encontré bastante poco en el armario, y dos o tres billetes sobre la mesa, empecé a preguntarme si no había hecho una gran tontería. Al fin y al cabo, si esta gente tenía extrañas veleidades y esperaba obediencia en los asuntos más extraordinarios, al menos estaba dispuesta a pagar por su excentricidad. Muy pocas institutrices en Inglaterra cobran cien libras al año. Además, ¿de qué me servía el pelo? Muchas personas mejoran llevándolo corto y quizás yo debería estar entre el número. Al día siguiente me sentí inclinada a pensar que había cometido un error, y al día siguiente estaba segura de ello. Casi había superado mi orgullo hasta el punto de volver a la agencia y preguntar si el lugar seguía abierto cuando recibí esta carta del propio caballero. La tengo aquí y se la leeré:

"The Copper Beeches, cerca de Winchester.

"Querida señorita Hunter: La señorita Stoper me ha dado muy amablemente su dirección, y le escribo desde aquí para preguntarle si ha reconsiderado su decisión. Mi esposa está muy interesada en que usted venga, ya que se ha sentido muy atraída por mi descripción de usted. Estamos dispuestos a

dar 30 libras esterlinas al trimestre, o 120 libras esterlinas al año, para recompensarle por cualquier pequeña molestia que nuestras modas puedan causarle. No son muy exigentes, después de todo. A mi esposa le gusta un tono particular de azul eléctrico y le gustaría que usted llevara un vestido de este tipo por la mañana. Sin embargo, no es necesario que se gaste en comprar uno, ya que tenemos uno que pertenece a mi querida hija Alice (ahora en Filadelfia), que creo que le quedaría muy bien. Entonces, en cuanto a sentarse aquí o allá, o divertirse de cualquier manera indicada, eso no tiene por qué causarle ningún inconveniente. En cuanto a su cabello, es sin duda una lástima, especialmente porque no pude evitar destacar su belleza durante nuestra breve entrevista, pero me temo que debo mantenerme firme en este punto, y sólo espero que el aumento de salario pueda compensar su pérdida. Sus obligaciones, en lo que respecta al niño, son muy ligeras. Ahora trate de venir, y me reuniré con usted con el carro de los perros en Winchester. Hazme saber tu tren.

"Atentamente,

" 'Jephro Rucastle.'"

"Esa es la carta que acabo de recibir, señor Holmes, y estoy convencida de que la aceptaré. He pensado, sin embargo, que antes de dar el paso definitivo me gustaría someter todo el asunto a su consideración."

"Bueno, señorita Hunter, si su decisión está tomada, eso resuelve la cuestión", dijo Holmes, sonriendo.

"¿Pero no me aconsejará que me niegue?"

"Confieso que no es la situación que me gustaría ver solicitar a una hermana mía".

"¿Qué significa todo esto, señor Holmes?"

"Ah, no tengo datos. No puedo decirlo. ¿Quizás usted mismo se ha formado alguna opinión?"

"Bueno, me parece que sólo hay una solución posible. El señor Rucastle parecía ser un hombre muy amable y de buen carácter. ¿No es posible que su esposa sea una lunática, que desee mantener el asunto en secreto por temor a que la lleven a un manicomio, y que le siga la corriente a sus fantasías para evitar un estallido?"

"Esa es una posible solución; de hecho, tal como están las cosas, es la más probable. Pero, en cualquier caso, no parece un hogar agradable para una joven".

"¡Pero el dinero, señor Holmes, el dinero!"

"Bueno, sí, por supuesto que la paga es buena, demasiado buena. Eso es lo que me inquieta. ¿Por qué deberían darte 120 libras al año, cuando podrían tener su elección por 40 libras? Debe haber alguna razón de peso detrás".

"Pensé que si te contaba las circunstancias entenderías después si quería tu ayuda. Me sentiría mucho más fuerte si sintiera que me apoyas".

"Oh, puedes llevarte ese sentimiento contigo. Le aseguro que su pequeño problema promete ser el más interesante que se me ha presentado en los últimos meses. Hay algo claramente novedoso en algunas de las características. Si se encuentra en duda o en peligro..."

"¡Peligro! ¿Qué peligro prevé usted?"

Holmes sacudió la cabeza con gravedad. "Dejaría de ser un peligro si pudiéramos definirlo", dijo. "Pero en cualquier momento, de día o de noche, un telegrama me haría bajar en su ayuda".

"Eso es suficiente". Ella se levantó enérgicamente de su silla con la ansiedad borrada de su rostro. "Ahora iré a Hampshire con toda tranquilidad. Escribiré al señor Rucastle de inmediato, sacrificaré mi pobre cabello esta noche y partiré hacia Winchester mañana". Con unas palabras de agradecimiento a Holmes, nos dio las buenas noches a los dos y se marchó a toda prisa.

"Por lo menos -dije al oír sus pasos rápidos y firmes al bajar las escaleras-, parece ser una joven muy capaz de cuidarse sola".

"Y tendría que serlo", dijo Holmes con gravedad. "Me equivoco mucho si no tenemos noticias de ella antes de que pasen muchos días".

No pasó mucho tiempo antes de que se cumpliera la predicción de mi amigo. Pasaron quince días, durante los cuales mis pensamientos se dirigían con frecuencia hacia ella y me preguntaba en qué extraño callejón de la experiencia humana se había metido esta solitaria mujer. El inusual salario, las curiosas condiciones, las ligeras tareas, todo apuntaba a algo anormal, aun-

que si se trataba de una moda o de un complot, o si el hombre era un filántropo o un villano, estaba más allá de mis poderes para determinarlo. En cuanto a Holmes, observé que se sentaba con frecuencia durante media hora, con las cejas fruncidas y un aire abstraído, pero barrió el asunto con un gesto de la mano cuando lo mencioné. "¡Datos! ¡Datos! ¡Datos!", gritó impaciente. "No puedo hacer ladrillos sin arcilla". Y, sin embargo, siempre terminaba murmurando que ninguna hermana suya debería haber aceptado jamás una situación semejante.

El telegrama que acabamos recibiendo llegó una noche, justo cuando yo pensaba acostarme y Holmes se disponía a realizar una de esas investigaciones químicas que duraban toda la noche y a las que se entregaba con frecuencia, cuando le dejaba inclinado sobre una retorta y una probeta por la noche y le encontraba en la misma posición cuando bajaba a desayunar por la mañana. Abrió el sobre amarillo y luego, echando un vistazo al mensaje, me lo lanzó.

"Busca los trenes en Bradshaw", dijo, y volvió a sus estudios de química.

La citación era breve y urgente:

"Por favor, esté en el Hotel Black Swan de Winchester mañana a mediodía", decía. "¡Venga! Estoy al límite de mis fuerzas.

Hunter. "

"¿Vendrá usted conmigo?", preguntó Holmes, levantando la vista.

"Me gustaría".

"Entonces, búsquelo".

"Hay un tren a las nueve y media", dije, echando un vistazo a mi Bradshaw. "Llega a Winchester a las 11:30".

"Eso estará muy bien. Entonces, tal vez sea mejor que posponga mi análisis de las acetonas, ya que es posible que necesitemos estar al máximo por la mañana."

--

A las once del día siguiente ya estábamos en camino hacia la antigua capital inglesa. Holmes había estado ocupado con los periódicos de la mañana durante todo el trayecto, pero cuando pasamos la frontera de Hampshire los

tiró al suelo y se puso a admirar el paisaje. Era un día primaveral ideal, con un cielo azul claro, salpicado de pequeñas nubes blancas que se desplazaban de oeste a este. El sol brillaba con fuerza y, sin embargo, había un estimulante viento en el aire, que ponía un límite a la energía del hombre. Por toda la campiña, hasta las onduladas colinas que rodean Aldershot, los pequeños tejados rojos y grises de las granjas asomaban entre el verde claro del nuevo follaje.

"¿No son frescos y hermosos?" grité con todo el entusiasmo de un hombre recién salido de las nieblas de Baker Street.

Pero Holmes sacudió la cabeza con gravedad.

"Sabe usted, Watson -dijo-, que una de las maldiciones de una mente con un giro como el mío es que debo mirar todo con referencia a mi propio tema especial. Usted mira estas casas dispersas y queda impresionado por su belleza. Yo las miro, y el único pensamiento que me viene es un sentimiento de su aislamiento y de la impunidad con la que se puede cometer un crimen allí."

"¡Cielos!" grité. "¿Quién asociaría el crimen con estos viejos y queridos caseríos?"

"Siempre me llenan de cierto horror. Creo, Watson, basándome en mi experiencia, que los callejones más bajos y viles de Londres no presentan un registro de pecado más espantoso que el sonriente y hermoso campo."

"¡Me horroriza!"

"Pero la razón es muy obvia. La presión de la opinión pública puede hacer en la ciudad lo que la ley no puede lograr. No hay calle tan vil que el grito de un niño torturado, o el golpe de un borracho, no suscite simpatía e indignación entre los vecinos, y entonces toda la maquinaria de la justicia está siempre tan cerca que una palabra de queja puede ponerla en marcha, y no hay más que un paso entre el crimen y el banquillo. Pero mirad esas casas solitarias, cada una en su campo, llenas en su mayor parte de pobres ignorantes que poco saben de la ley. Piensa en los actos de crueldad infernal, en la maldad oculta que puede ocurrir, año tras año, en esos lugares, sin que nadie lo sepa. Si esta señora que nos pide ayuda hubiera ido a vivir a Winchester, nunca habría temido por ella. Son las cinco millas de campo las que

hacen el peligro. Sin embargo, está claro que no está amenazada personalmente".

"No. Si puede venir a Winchester a reunirse con nosotros, puede escapar".

"Así es. Ella tiene su libertad".

"¿Cuál puede ser el problema, entonces? ¿No puede sugerir ninguna explicación?"

"He ideado siete explicaciones distintas, cada una de las cuales cubriría los hechos hasta donde los conocemos. Pero cuál de ellas es la correcta sólo puede ser determinada por la nueva información que sin duda encontraremos esperándonos. Bueno, ahí está la torre de la catedral, y pronto sabremos todo lo que la señorita Hunter tiene que contar".

El Black Swan es una posada de renombre en High Street, a poca distancia de la estación, y allí encontramos a la joven esperándonos. Había reservado un salón y nuestro almuerzo nos esperaba en la mesa.

"Estoy encantada de que hayan venido", dijo seriamente. "Es muy amable por parte de ambos, pero no sé qué hacer. Su consejo será muy valioso para mí".

"Le ruego que nos cuente lo que le ha sucedido".

"Lo haré, y debo ser rápida, porque le he prometido al señor Rucastle estar de vuelta antes de las tres. Conseguí su permiso para venir a la ciudad esta mañana, aunque él no sabía con qué propósito".

"Hagamos que todo esté en su debido orden". Holmes extendió sus largas y delgadas piernas hacia el fuego y se recompuso para escuchar.

"En primer lugar, puedo decir que, en general, no he recibido ningún maltrato por parte del señor y la señora Rucastle. Es justo para ellos decir eso. Pero no puedo entenderlos, y no me resulta fácil pensar en ellos".

"¿Qué es lo que no puede entender?"

"Las razones de su conducta. Pero lo tendrás todo tal y como ocurrió. Cuando bajé, el señor Rucastle me recibió aquí y me llevó en su carro de perros a Copper Beeches. Como él dijo, está muy bien situada, pero no es hermosa en sí misma, porque es un gran bloque cuadrado de una casa, enca-

lada, pero toda ella manchada y manchada por la humedad y el mal tiempo. Está rodeada de terrenos, con bosques en tres de sus lados, y en el cuarto un campo que desciende hasta la carretera de Southampton, que pasa en curva a unos cien metros de la puerta principal. El terreno de enfrente pertenece a la casa, pero los bosques que la rodean forman parte de las reservas de Lord Southerton. Un grupo de hayas cobrizas situado justo delante de la puerta del vestíbulo ha dado su nombre al lugar.

"Fui conducido por mi patrón, que era tan amable como siempre, y esa noche me presentó a su esposa y al niño. No había nada de cierto, señor Holmes, en la conjetura que nos pareció probable en sus habitaciones de Baker Street. La señora Rucastle no está loca. La encontré como una mujer silenciosa y de rostro pálido, mucho más joven que su marido, no más de treinta años, creo, mientras que él difícilmente puede tener menos de cuarenta y cinco. De su conversación he deducido que llevaban unos siete años casados, que él era viudo y que su único hijo de la primera esposa era la hija que se ha ido a Filadelfia. El señor Rucastle me dijo en privado que la razón por la que ella los había dejado era que sentía una aversión irracional hacia su madrastra. Como la hija no podía tener menos de veinte años, me imagino que su posición debía ser incómoda para la joven esposa de su padre.

"La señora Rucastle me pareció una persona incolora tanto en su mente como en sus rasgos. No me impresionó ni favorablemente ni al contrario. Era una nulidad. Era fácil ver que estaba apasionadamente dedicada tanto a su marido como a su pequeño hijo. Sus ojos grises y claros iban continuamente de uno a otro, observando cada pequeña necesidad y previniéndola si era posible. Él también era amable con ella, a su manera brusca y bulliciosa, y en general parecían ser una pareja feliz. Sin embargo, esta mujer tenía una pena secreta. A menudo se perdía en profundos pensamientos, con la mirada más triste en su rostro. Más de una vez la sorprendí llorando. A veces he pensado que era el carácter de su hijo lo que pesaba en su mente, porque nunca he conocido una criatura tan mimada y tan maleducada. Es pequeño para su edad, con una cabeza desproporcionadamente grande. Toda su vida parece transcurrir en una alternancia de salvajes arrebatos de pasión y sombríos intervalos de enfurruñamiento. Hacer sufrir a cualquier criatura más débil que él parece ser su única idea de diversión, y muestra un talento bastante notable en la planificación de la captura de ratones, pajaritos e insectos.

tos. Pero prefiero no hablar de la criatura, señor Holmes, y, de hecho, tiene poco que ver con mi historia."

"Me alegro de todos los detalles", comentó mi amigo, "te parezcan relevantes o no".

"Trataré de no perder nada de importancia. Lo único desagradable de la casa, que me llamó la atención de inmediato, fue el aspecto y la conducta de los sirvientes. Sólo hay dos, un hombre y su esposa. Toller, que así se llama, es un hombre rudo y tosco, con el pelo y los bigotes canosos, y un perpetuo olor a bebida. Desde que estuve con ellos, se emborrachó dos veces y, sin embargo, el señor Rucastle no pareció darse cuenta de ello. Su esposa es una mujer muy alta y fuerte, con un rostro agrio, tan silenciosa como la señora Rucastle y mucho menos amable. Son una pareja de lo más desagradable, pero afortunadamente paso la mayor parte del tiempo en la guardería y en mi propia habitación, que están una al lado de la otra en una esquina del edificio.

"Durante los dos días siguientes a mi llegada a Copper Beeches mi vida fue muy tranquila; al tercero, la señora Rucastle bajó justo después del desayuno y le susurró algo a su marido.

" 'Oh, sí', dijo él, volviéndose hacia mí, 'estamos muy agradecidos con usted, señorita Hunter, por haber cedido a nuestros caprichos hasta el punto de cortarse el pelo. Le aseguro que no le ha restado ni un ápice de su aspecto. Ahora veremos cómo le sienta el vestido azul eléctrico. Lo encontrará usted en la cama de su habitación, y si tiene la bondad de ponérselo, le estaremos muy agradecidos".

"El vestido que encontré esperándome era de un peculiar tono de azul. Era de un material excelente, una especie de beige, pero tenía signos inconfundibles de haber sido usado antes. No podría haberme quedado mejor si me hubieran tomado las medidas. Tanto el Sr. como la Sra. Rucastle expresaron un placer por su aspecto, que parecía bastante exagerado en su vehemencia. Me esperaban en el salón, que es una habitación muy grande, que se extiende a lo largo de toda la fachada de la casa, con tres largas ventanas que llegan hasta el suelo. Habían colocado una silla cerca de la ventana central, con el respaldo vuelto hacia ella. En ella me pidieron que me sentara, y entonces el señor Rucastle, caminando arriba y abajo por el otro lado de la habitación, comenzó a contarme una serie de las historias más divertidas

que jamás he escuchado. No se puede imaginar lo cómico que era, y me reí hasta el cansancio. Sin embargo, la señora Rucastle, que evidentemente no tiene sentido del humor, ni siquiera sonrió, sino que se sentó con las manos en el regazo y una mirada triste y ansiosa. Al cabo de una hora más o menos, el señor Rucastle comentó de repente que era hora de empezar los deberes del día, y que podía cambiarme de vestido e ir con el pequeño Edward a la guardería.

"Dos días más tarde, esta misma actuación se llevó a cabo en circunstancias exactamente similares. Volví a cambiarme de vestido, volví a sentarme en la ventana y volví a reírme a carcajadas de las divertidas historias de las que mi patrón disponía de un inmenso repertorio y que contaba de forma inimitable. Luego me entregó una novela de lomo amarillo, y moviendo mi silla un poco hacia un lado, para que mi propia sombra no cayera sobre la página, me rogó que le leyera en voz alta. Leí durante unos diez minutos, comenzando en el corazón de un capítulo, y de repente, en medio de una frase, me ordenó que cesara y que me cambiara de vestido.

"Puede imaginarse fácilmente, señor Holmes, la curiosidad que me produjo el significado de esta extraordinaria actuación. Observé que siempre tenían mucho cuidado de apartar mi cara de la ventana, por lo que me consumió el deseo de ver lo que ocurría a mis espaldas. Al principio me pareció imposible, pero pronto ideé un medio. Mi espejo de mano se había roto, así que una feliz idea se apoderó de mí, y oculté un trozo de vidrio en mi pañuelo. En la siguiente ocasión, en medio de mis risas, me llevé el pañuelo a los ojos, y pude, con un poco de manejo, ver todo lo que había detrás de mí. Confieso que me decepcioné. No había nada. Al menos esa fue mi primera impresión. Al segundo vistazo, sin embargo, percibí que había un hombre de pie en la carretera de Southampton, un hombre pequeño y barbudo con un traje gris, que parecía estar mirando en mi dirección. La carretera es una vía importante, y normalmente hay gente en ella. Este hombre, sin embargo, estaba apoyado en la barandilla que bordeaba nuestro campo y miraba seriamente hacia arriba. Bajé mi pañuelo y miré a la señora Rucastle para encontrar sus ojos fijos en mí con una mirada muy escrutadora. No dijo nada, pero estoy convencido de que había adivinado que yo tenía un espejo en la mano y había visto lo que había detrás de mí. Se levantó de inmediato.

"Jephro", dijo, "hay un tipo impertinente en el camino que mira fijamente a la señorita Hunter".

" '¿No es amigo suyo, señorita Hunter?' preguntó él.

" 'No, no conozco a nadie en estos lugares'.

" '¡Caramba! ¡Qué impertinente! Tenga la amabilidad de darse la vuelta y pedirle que se vaya'.

" 'Seguramente sería mejor no hacer caso'.

" 'No, no, tendríamos que tenerlo siempre merodeando por aquí. Por favor, date la vuelta y hazle señas para que se vaya'.

"Hice lo que me dijeron, y en el mismo instante la señora Rucastle bajó la persiana. Eso fue hace una semana, y desde entonces no he vuelto a sentarme en la ventana, ni he llevado el vestido azul, ni he visto al hombre en el camino."

"Por favor, continúe", dijo Holmes. "Su relato promete ser de lo más interesante".

"Me temo que la encontrará bastante inconexa, y puede que haya poca relación entre los distintos incidentes de los que hablo. El primer día que estuve en Copper Beeches, el señor Rucastle me llevó a una pequeña dependencia que se encuentra cerca de la puerta de la cocina. Cuando nos acercamos a él, oí el agudo traqueteo de una cadena y el sonido de un gran animal moviéndose.

"¡Mira aquí!", dijo el señor Rucastle, mostrándome una rendija entre dos tablas. '¿No es una belleza?'

"Miré a través y fui consciente de dos ojos brillantes, y de una vaga figura acurrucada en la oscuridad.

" 'No te asustes', dijo mi patrón, riéndose del sobresalto que había dado. Es sólo Carlo, mi mastín. Lo llamo mío, pero en realidad el viejo Toller, mi mozo de cuadra, es el único hombre que puede hacer algo con él. Le damos de comer una vez al día, y no demasiado, para que esté siempre tan entusiasmado como la mostaza. Toller lo suelta todas las noches, y que Dios ayude al intruso al que le ponga los colmillos. Por el amor de Dios, no pongas nunca, bajo ningún pretexto, el pie en el umbral de la puerta por la noche, porque es tanto como tu vida".

"La advertencia no fue en vano, pues dos noches después me asomé por la ventana de mi habitación a eso de las dos de la mañana. Era una hermosa noche de luna, y el césped frente a la casa estaba plateado y casi tan brillante como el día. Estaba de pie, embelesada por la pacífica belleza de la escena, cuando fui consciente de que algo se movía bajo la sombra de las hayas cobrizas. Al salir a la luz de la luna vi lo que era. Era un perro gigante, tan grande como un ternero, de color leonado, con la papada colgando, el hocico negro y enormes huesos salientes. Caminó lentamente por el césped y desapareció en la sombra del otro lado. Aquel espantoso centinela me produjo un escalofrío en el corazón que no creo que ningún ladrón hubiera podido provocar.

"Y ahora tengo una experiencia muy extraña que contarte. Como sabes, me había cortado el pelo en Londres y lo había colocado en un gran rollo en el fondo de mi baúl. Una noche, después de que el niño se acostara, comencé a entretenerme examinando los muebles de mi habitación y reorganizando mis propias cositas. Había una vieja cómoda en la habitación, las dos superiores vacías y abiertas, la inferior cerrada. Había llenado los dos primeros con mi ropa de cama, y como todavía tenía mucho que guardar, naturalmente me molestaba no poder usar el tercer cajón. Se me ocurrió que podía estar cerrado por un simple descuido, así que saqué mi manojito de llaves y traté de abrirlo. La primera llave encajó a la perfección y abrí el cajón. Sólo había una cosa en él, pero estoy seguro de que nunca adivinarían lo que era. Era mi bobina de pelo.

"La cogí y la examiné. Tenía el mismo tinte peculiar y el mismo grosor. Pero entonces la imposibilidad de la situación se me impuso. ¿Cómo podía estar mi pelo encerrado en el cajón? Con las manos temblorosas, abrí el baúl, saqué el contenido y extraje del fondo mi propio cabello. Puse los dos mechones juntos, y le aseguro que eran idénticos. ¿No era extraordinario? Por mucho que lo intentara, no podía entender lo que significaba. Devolví el extraño cabello al cajón, y no dije nada del asunto a los Rucastles, pues me pareció que me había equivocado al abrir un cajón que ellos habían cerrado con llave.

"Soy observadora por naturaleza, como habrá observado usted, señor Holmes, y pronto tuve un plano bastante bueno de toda la casa en mi cabeza. Sin embargo, había un ala que parecía no estar habitada en absoluto. Una puerta que daba a la que conducía a los aposentos de los Toller se abría

a esta suite, pero siempre estaba cerrada con llave. Un día, sin embargo, al subir la escalera, me encontré con el señor Rucastle saliendo por esa puerta, con las llaves en la mano y una expresión en el rostro que lo convertía en una persona muy diferente al hombre redondo y jovial al que yo estaba acostumbrado. Tenía las mejillas enrojecidas, la frente arrugada por la ira y las venas de las sienes resaltadas por la pasión. Cerró la puerta con llave y se apresuró a pasar junto a mí sin una palabra ni una mirada.

"Esto despertó mi curiosidad, así que cuando salí a dar un paseo por los terrenos con mi pupilo, me dirigí hacia el lado desde el que podía ver las ventanas de esta parte de la casa. Había cuatro en fila, tres de las cuales estaban simplemente sucias, mientras que la cuarta estaba cerrada. Evidentemente, todas estaban desiertas. Mientras paseaba de un lado a otro, echando un vistazo de vez en cuando, el señor Rucastle salió a mi encuentro, con un aspecto tan alegre y jovial como siempre.

"¡Ah!", dijo, "no debe usted pensar que soy un maleducado si me he cruzado con usted sin decir una palabra, mi querida joven. Estaba preocupado por asuntos de negocios'.

"Le aseguré que no me había ofendido. Por cierto -dije-, parece que tiene usted un buen conjunto de habitaciones libres ahí arriba, y una de ellas tiene las persianas subidas".

"Parecía sorprendido y, según me pareció, un poco asustado por mi comentario.

"La fotografía es una de mis aficiones", dijo. He hecho mi cuarto oscuro allí arriba. Pero, ¡vaya por Dios! qué joven tan observadora hemos encontrado. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Quién lo hubiera creído? Hablaba en tono de broma, pero no había ninguna broma en sus ojos cuando me miraba. Leí que había sospecha y molestia, pero no broma.

"Pues bien, señor Holmes, desde el momento en que comprendí que había algo en ese conjunto de habitaciones que yo no debía conocer, estaba deseando recorrerlas. No era mera curiosidad, aunque tengo mi parte de eso. Era más bien un sentimiento de deber, un sentimiento de que algo bueno podría venir de mi penetración en este lugar. Se habla del instinto de la mujer; tal vez fue el instinto de la mujer el que me dio esa sensación. En

cualquier caso, estaba allí, y estaba muy atenta a cualquier oportunidad de pasar la puerta prohibida.

"Ayer mismo se presentó la oportunidad. Puedo decirle que, además del señor Rucastle, tanto Toller como su esposa encuentran algo que hacer en estas habitaciones desiertas, y una vez le vi llevar consigo una gran bolsa de lino negro a través de la puerta. Últimamente ha estado bebiendo mucho, y ayer por la noche estaba muy borracho; y cuando subí, estaba la llave en la puerta. No me cabe la menor duda de que la había dejado allí. El señor y la señora Rucastle estaban abajo, y el niño estaba con ellos, de modo que tuve una oportunidad admirable. Giré suavemente la llave en la cerradura, abrí la puerta y me colé por ella.

"Frente a mí había un pequeño pasillo, sin empapelar y sin alfombrar, que giraba en ángulo recto en el extremo más alejado. Alrededor de esta esquina había tres puertas en línea, la primera y la tercera de las cuales estaban abiertas. Cada una de ellas conducía a una habitación vacía, polvorienta y sin alegría, con dos ventanas en una y una en la otra, tan llenas de suciedad que la luz del atardecer brillaba tenuemente a través de ellas. La puerta del centro estaba cerrada, y a través de ella se había sujetado uno de los anchos barrotes de una cama de hierro, cerrado con candado en un extremo a una argolla de la pared, y sujetado en el otro con una robusta cuerda. La propia puerta también estaba cerrada, y la llave no estaba allí. Esta puerta atrincherada se correspondía claramente con la ventana enrejada del exterior y, sin embargo, pude ver por el resplandor de debajo de ella que la habitación no estaba a oscuras. Evidentemente, había una claraboya que dejaba entrar la luz desde arriba. Mientras permanecía en el pasillo mirando la siniestra puerta y preguntándome qué secreto podría ocultar, oí de repente el sonido de unos pasos dentro de la habitación y vi una sombra que avanzaba y retrocedía por la pequeña rendija de luz tenue que brillaba por debajo de la puerta. Un terror loco e irracional se apoderó de mí al verlo, señor Holmes. Mis nervios me fallaron de repente, y me di la vuelta y corrí... corrí como si una mano espantosa estuviera detrás de mí agarrando la falda de mi vestido. Me precipité por el pasillo, atravesé la puerta y fui directa a los brazos del señor Rucastle, que me esperaba fuera.

"Así que", dijo él, sonriendo, "eras tú, entonces. Pensé que debía serlo cuando vi la puerta abierta".

" ¡Oh, estoy tan asustada! jadeé.

" "¡Mi querida jovencita! ¡Mi querida jovencita!" -no puede imaginarse lo acariciadores y tranquilizadores que fueron sus modales- "¿Y qué la ha asustado, mi querida jovencita?

"Pero su voz era un poco demasiado convincente. Se excedió. Me puse muy en guardia contra él.

"Fui lo suficientemente tonta como para entrar en el ala vacía", respondí. Pero es tan solitario y espeluznante con esta luz tenue que me asusté y salí corriendo de nuevo. Oh, es tan terriblemente silencioso ahí dentro".

" "¿Sólo eso?", dijo él, mirándome intensamente.

" '¿Por qué, qué pensabas? pregunté.

" '¿Por qué crees que cierro esta puerta?'

" 'Estoy segura de que no lo sé'.

" 'Es para mantener fuera a la gente que no tiene nada que hacer allí. ¿Lo ves? Seguía sonriendo de la manera más amable.

"Estoy segura de que si lo hubiera sabido...

" 'Bueno, entonces, ahora lo sabes. Y si vuelves a poner el pie en ese umbral -aquí, en un instante, la sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca de rabia, y me miró con la cara de un demonio-, te echaré al mastín".

"Estaba tan aterrada que no sé lo que hice. Supongo que debí pasar corriendo junto a él hacia mi habitación. No recuerdo nada hasta que me encontré tumbada en la cama temblando. Entonces pensé en usted, señor Holmes. No podía vivir allí más tiempo sin algún consejo. Tenía miedo de la casa, del hombre, de la mujer, de los criados, incluso del niño. Todos eran horribles para mí. Si pudiera bajarlos, todo estaría bien. Por supuesto que podría haber huido de la casa, pero mi curiosidad era casi tan fuerte como mis temores. Pronto me decidí. Le enviaría un telegrama. Me puse el sombrero y la capa, bajé a la oficina, que está a media milla de la casa, y luego regresé, sintiéndome mucho más tranquila. Al acercarme a la puerta me asaltó una horrible duda, por si el perro estaba suelto, pero recordé que Toller se había emborrachado hasta quedar insensible aquella noche, y supe que era el único de la casa que tenía alguna influencia sobre la salvaje cria-

tura, o que se atrevería a liberarla. Me coloqué a salvo y pasé la mitad de la noche en vela por la idea de verle. No me costó mucho conseguir permiso para ir a Winchester esta mañana, pero debo volver antes de las tres, porque el señor y la señora Rucastle van a hacer una visita y estarán fuera toda la tarde, así que debo cuidar del niño. Ahora le he contado todas mis aventuras, señor Holmes, y me gustaría mucho que me dijera qué significa todo esto y, sobre todo, qué debo hacer."

Holmes y yo habíamos escuchado embelesados esta extraordinaria historia. Mi amigo se levantó ahora y se paseó de un lado a otro de la habitación, con las manos en los bolsillos y una expresión de la más profunda gravedad en su rostro.

"¿Sigue Toller borracho?", preguntó.

"Sí. He oído a su mujer decir a la señora Rucastle que no podía hacer nada con él".

"Eso está bien. ¿Y los Rucastle salen esta noche?"

"Sí."

"¿Hay una bodega con una buena cerradura fuerte?"

"Sí, la bodega".

"Me parece que ha actuado durante todo este asunto como una chica muy valiente y sensata, señorita Hunter. ¿Cree que podría realizar una hazaña más? No se lo pediría si no la considerara una mujer excepcional".

"Lo intentaré. ¿De qué se trata?"

"Estaremos en el Copper Beeches a las siete en punto, mi amigo y yo. Los Rucastles se habrán ido a esa hora, y Toller será, esperamos, incapaz. Sólo queda la Sra. Toller, que podría dar la alarma. Si pudieras enviarla al sótano a hacer algún recado, y luego girar la llave sobre ella, facilitarías enormemente las cosas."

"Lo haré".

"¡Excelente! Entonces investigaremos a fondo el asunto. Por supuesto, sólo hay una explicación posible. Usted ha sido llevada allí para personificar a alguien, y la persona real está encarcelada en esta cámara. Eso es obvio. En cuanto a quién es este prisionero, no tengo ninguna duda de que es

la hija, la señorita Alice Rucastle, si no recuerdo mal, de la que se dijo que había ido a América. Usted fue elegida, sin duda, por parecerse a ella en altura, figura y color de pelo. El suyo había sido cortado, muy posiblemente en alguna enfermedad por la que ha pasado, y así, por supuesto, el suyo tuvo que ser sacrificado también. Por una curiosa casualidad te encontraste con sus mechones. El hombre que estaba en el camino era, sin duda, algún amigo de ella -posiblemente su prometido- y, sin duda, como usted llevaba el vestido de la muchacha y era tan parecida a ella, se convenció por su risa, cada vez que la veía, y después por su gesto, de que la señorita Rucastle era perfectamente feliz, y que ya no deseaba sus atenciones. El perro se suelta por la noche para evitar que intente comunicarse con ella. Todo esto está bastante claro. El punto más grave del caso es la disposición de la niña".

"¿Qué diablos tiene eso que ver?" exclamé.

"Mi querido Watson, usted, como médico, está continuamente ganando luz en cuanto a las tendencias de un niño por el estudio de los padres. ¿No ve que lo contrario es igualmente válido? Con frecuencia he obtenido mi primera visión real del carácter de los padres estudiando a sus hijos. La disposición de este niño es anormalmente cruel, por el mero hecho de serlo, y ya sea que lo derive de su sonriente padre, como debo sospechar, o de su madre, es un mal presagio para la pobre niña que está en su poder."

"Estoy seguro de que tiene usted razón, señor Holmes", exclamó nuestro cliente. "Me vienen a la memoria mil cosas que me hacen estar convencida de que ha dado usted en el clavo. Oh, no perdamos ni un instante en llevar ayuda a esta pobre criatura".

"Debemos ser circunspectos, pues estamos tratando con un hombre muy astuto. No podemos hacer nada hasta las siete. A esa hora estaremos con usted, y no tardaremos en resolver el misterio".

Cumplimos nuestra palabra, pues eran justo las siete cuando llegamos a Copper Beeches, después de haber tendido nuestra trampa en un bar de carretera. El grupo de árboles, con sus hojas oscuras brillando como metal bruñido a la luz del sol poniente, era suficiente para señalar la casa incluso si la señorita Hunter no hubiera estado de pie sonriendo en el umbral.

"¿Lo has conseguido?", preguntó Holmes.

Se oyó un fuerte ruido sordo procedente de algún lugar del piso inferior. "Es la señora Toller en el sótano", dijo ella. "Su marido está roncando en la alfombra de la cocina. Aquí están sus llaves, que son los duplicados de las del señor Rucastle".

"¡Ha hecho usted un buen trabajo!", gritó Holmes con entusiasmo. "Ahora dirija el camino, y pronto veremos el final de este negro asunto".

Subimos la escalera, desbloqueamos la puerta, seguimos por un pasillo y nos encontramos frente a la barricada que la señorita Hunter había descrito. Holmes cortó la cuerda y retiró la barra transversal. Luego probó las distintas llaves de la cerradura, pero sin éxito. Ningún sonido provenía del interior, y ante el silencio el rostro de Holmes se nubló.

"Confío en que no sea demasiado tarde", dijo. "Creo, señorita Hunter, que será mejor que entremos sin usted. Ahora, Watson, ponga el hombro y veremos si no podemos entrar".

Era una puerta vieja y desvencijada y cedió de inmediato ante nuestra fuerza unida. Juntos nos apresuramos a entrar en la habitación. Estaba vacía. No había más muebles que una pequeña cama de paletas, una pequeña mesa y un cesto lleno de ropa blanca. El tragaluz de arriba estaba abierto y el prisionero había desaparecido.

"Aquí ha habido alguna villanía", dijo Holmes; "esta belleza ha adivinado las intenciones de la señorita Hunter y se ha llevado a su víctima".

"¿Pero cómo?"

"A través de la claraboya. Pronto veremos cómo lo ha conseguido". Se subió al tejado. "Ah, sí", gritó, "aquí está el extremo de una larga escalera de mano contra el alero. Así es como lo hizo".

"Pero es imposible", dijo la señorita Hunter; "la escalera no estaba allí cuando los Rucastles se fueron".

"Ha vuelto y lo ha hecho. Le digo que es un hombre inteligente y peligroso. No me extrañaría mucho que fuera él cuyo paso oigo ahora en la escalera. Creo, Watson, que sería conveniente que tuvieras tu pistola preparada".

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un hombre apareció en la puerta de la habitación, un hombre muy gordo y corpulento, con un pesa-

do bastón en la mano. La señorita Hunter gritó y se encogió contra la pared al verle, pero Sherlock Holmes se adelantó y se enfrentó a él.

"¡Villano!", dijo, "¿dónde está su hija?".

El hombre gordo miró a su alrededor y luego al tragaluz abierto.

"Eso lo tengo que preguntar yo", gritó, "¡ladrones! ¡Espías y ladrones! Os he atrapado, ¿verdad? Estáis en mi poder. Os serviré". Se dio la vuelta y bajó las escaleras con tanta fuerza como pudo.

"¡Ha ido a por el perro!" gritó la señorita Hunter.

"Tengo mi revólver", dije.

"Será mejor cerrar la puerta principal", gritó Holmes, y bajamos todos juntos las escaleras. Apenas habíamos llegado al vestíbulo cuando oímos el aullido de un sabueso, y luego un grito de agonía, con un horrible sonido preocupante que era espantoso escuchar. Un anciano con la cara roja y los miembros temblorosos salió tambaleándose por una puerta lateral.

"¡Dios mío!", gritó. "Alguien ha soltado al perro. Lleva dos días sin comer. ¡Rápido, rápido, o será demasiado tarde!"

Holmes y yo salimos corriendo y rodeamos el ángulo de la casa, con Toller corriendo detrás de nosotros. Allí estaba la enorme bestia hambrienta, con su negro hocico enterrado en la garganta de Rucastle, mientras éste se retorció y gritaba en el suelo. Corriendo, le volé los sesos, y cayó con sus afilados y blancos dientes aún encontrándose en los grandes pliegues de su cuello. Con mucho trabajo los separamos y lo llevamos, vivo pero horriblemente destrozado, a la casa. Lo pusimos en el sofá del salón, y después de enviar al sobrio Toller para que diera la noticia a su esposa, hice lo que pude para aliviar su dolor. Estábamos todos reunidos a su alrededor cuando se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer alta y enjuta.

"¡Señora Toller!", gritó la señorita Hunter.

"Sí, señorita. El señor Rucastle me dejó salir cuando volvió antes de subir con usted. Ah, señorita, es una pena que no me haya hecho saber lo que estaba planeando, porque le habría dicho que sus esfuerzos eran inútiles."

"¡Ja!", dijo Holmes, mirándola con agudeza. "Está claro que la señora Toller sabe más que nadie sobre este asunto".

"Sí, señor, lo sé, y estoy bastante dispuesta a contar lo que sé".

"Entonces, por favor, siéntese y déjenos escucharla porque hay varios puntos en los que debo confesar que aún estoy en la oscuridad".

"Pronto te lo aclararé", dijo ella; "y lo habría hecho antes si hubiera podido salir del sótano. Si hay un asunto policial sobre esto, recordarás que yo fui quien defendió a tu compañera, y que también era amiga de la señorita Alice.

"Nunca fue feliz en casa, la Srta. Alice no lo fue, desde que su padre se casó de nuevo. Fue despreciada como y no tenía voz en nada, pero nunca se puso realmente mal para ella hasta después de que conoció al Sr. Fowler en casa de un amigo. Por lo que pude saber, la señorita Alice tenía derechos propios por voluntad propia, pero era tan tranquila y paciente, que nunca dijo una palabra sobre ellos, sino que se limitó a dejar todo en manos del señor Rucastle. Él sabía que estaba a salvo con ella; pero cuando surgió la posibilidad de que se presentara un marido que pidiera todo lo que la ley le diera, entonces su padre pensó que era el momento de ponerle fin. Quería que ella firmara un papel para que, se casara o no, él pudiera utilizar su dinero. Como ella no quiso hacerlo, él siguió preocupándola hasta que le dio una fiebre cerebral, y durante seis semanas estuvo a las puertas de la muerte. Entonces se recuperó por fin, toda desgastada hasta la sombra, y con su hermoso cabello cortado; pero eso no hizo cambiar a su joven, y él se apegó a ella tan fielmente como puede serlo un hombre."

"Ah -dijo Holmes-, creo que lo que ha tenido usted la bondad de contar-nos aclara bastante el asunto, y que puedo deducir todo lo que queda. El señor Rucastle, entonces, supongo que aceptó este sistema de encarcelamiento?"

"Sí, señor".

"Y trajo a la señorita Hunter desde Londres para librarse de la desagradable persistencia del señor Fowler".

"Eso fue, señor".

"Pero el señor Fowler, siendo un hombre perseverante, como debe ser un buen marino, bloqueó la casa, y habiéndose reunido con usted logró, mediante ciertos argumentos, metálicos o de otro tipo, convencerla de que sus intereses eran los mismos que los de él."

"El señor Fowler era un caballero muy amable y de mano libre", dijo la señora Toller con serenidad.

"Y de esta manera se las arregló para que a su buen hombre no le faltara la bebida, y para que una escalera estuviera lista en el momento en que su señor saliera".

"Lo tenéis, señor, tal y como sucedió".

"Estoy seguro de que le debemos una disculpa, señora Toller", dijo Holmes, "pues ciertamente ha aclarado usted todo lo que nos desconcertaba". Y aquí vienen el cirujano de campo y la señora Rucastle, así que creo, Watson, que será mejor que acompañemos a la señorita Hunter de vuelta a Winchester, pues me parece que nuestro locus standi ahora es bastante dudoso."

Y así se resolvió el misterio de la siniestra casa con las hayas de cobre frente a la puerta. El señor Rucastle sobrevivió, pero siempre fue un hombre destrozado, que se mantuvo vivo únicamente gracias a los cuidados de su abnegada esposa. Todavía viven con sus antiguos sirvientes, que probablemente saben tanto de la vida pasada de Rucastle que le resulta difícil separarse de ellos. El señor Fowler y la señorita Rucastle se casaron, con licencia especial, en Southampton al día siguiente de su huida, y él es ahora titular de un nombramiento gubernamental en la isla de Mauricio. En cuanto a la señorita Violet Hunter, mi amigo Holmes, para mi decepción, no manifestó más interés por ella cuando dejó de ser el centro de uno de sus problemas, y ahora es directora de una escuela privada en Walsall, donde creo que ha tenido un éxito considerable.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**